

La cálida luz del sol se colaba a través de la ventana de la cabaña. Emma dio unos golpecitos en el cristal y la abrió. Inmediatamente, una suave corriente, acompañada de los rayos de sol, invadió el interior de la habitación mecien- do la cortina.

—¡Qué bueno hace!

Emma alzó la vista hacia el cielo de color azul y sonrió. Al llegar la prima- vera y deshacerse la nieve, lo primero que cambiaba era el aroma del viento. Inhaló con fuerza para llenarse los pulmones mientras se acariciaba los carrillos. En un lugar no muy lejano, existía una zona en la que no se podía vivir sin usar máscara debido a la contaminación provocada por la guerra. Ahora, el tiempo era un poco más refrescante. El trino de los pájaros se escuchaba en el cielo azul.

—Deberían de estar al caer, ¿no? —dijo el anciano, con una sonrisa for- zada, a la joven con la que convivía y que llevaba toda la mañana mirando a través de la ventana.

—Sí.

Emma asintió y volvió a apartarse de la ventana, intranquila. Justo en ese momento, una figura apareció sobre la colina.

—¡Ah! —exclamó Emma brevemente, y corrió al exterior de la cabaña.

El collar que llevaba al cuello se balanceaba enérgicamente al ritmo del movimiento de su dueña.

Alguien venía por aquel apacible camino primaveral. Y no se trataba de una sola persona. En un paraje por el que rara vez se veía transitar a nadie, un gran grupo de niños se aproximaba caminando. Al darse cuenta de que Emma se dirigía hacia ellos, el joven que iba a la cabeza del grupo esbozó una sonrisa inmediatamente.

—¡Emma!

Phil corría hacia ella llevando de la mano a Carol. Otros hermanos los siguieron por detrás. Thoma y Lannion habían echado a correr, seguidos de Naila y Mark, que estuvo a punto de caerse. A continuación, agarrados de la mano, venían los más pequeños: Dominic, Yvette, Christie, Alicia, Jemima y Rossie. Nat aceleró y Anna se sacudió el cabello y saludó. Lo mismo hicieron Don, que alargó su brazo para saludar, y Gilda, que esbozó una sonrisa. Al fondo, se encontraban Ray y Norman.

—¡Bienvenidos, chicos!

Emma les devolvió el saludo efusivamente.

* * *

Aquel día, Emma volvió a reunirse con su «familia». La «familia» que había perdido a cambio de reformular la promesa: «De tu mundo, quiero a tu familia». Esa fue la «recompensa» que ~~ella~~ le había perdido.

Mil años atrás, ~~ella~~ formuló una «promesa» con los humanos y otra especie. Por ese motivo, el mundo quedó dividido en dos. Y solo quedaron unos pocos humanos como alimento para esa especie a la que llamaban demonios. Aquellos humanos fueron los niños comestibles que serían los antepasados de Emma y del resto de niños. No se podía viajar entre los mundos. Y los niños comestibles siguieron siendo sacrificados. Era un destino imposible de cambiar. Se suponía que dicho destino no podía alterarse de ninguna manera; es decir, una «promesa». Pero Emma llegó hasta ~~ella~~ y la reformuló:

—Quiero un futuro en el que mi familia pueda vivir con una sonrisa.

Emma ofreció como «recompensa» lo más preciado para ella: su «familia». Y perdió absolutamente todo lo que tenía que ver con ellos. Desde que Emma naciera y empezara a tener recuerdos, jamás se había separado de su familia. El lugar donde había nacido y se había criado, la gente que la llamaba por su nombre, todas las experiencias que había vivido: todo giraba en torno a su familia. Hasta el momento en que llegó a este mundo, sola y sin recordar absolutamente nada. Sin memoria y tirada en medio de la nieve, fue rescatada por un anciano que vivía en aquella remota región.

La ausencia de cualquier recuerdo hizo que Emma se sintiera insegura, como si navegara a la deriva por un vasto mar. Trataba de recordar su pasado a diario. Entre sus pertenencias tenía equipo necesario para viajar, un fusil, libros, unas fotografías y un collar. Sabía que las cosas que traía consigo eran sin duda valiosas. Aun sin haber visto nunca aquel collar, con una hermosa piedra encastrada, cuando lo sostenía en la palma de la mano sentía una opresión en el pecho. Tampoco podía reconocer a ninguna de las personas con las que aparecía en las diferentes fotos que tenía, ya que estaban muy estropeadas. Sabía que la niña que aparecía en las instantáneas era ella. Sin embargo, le era imposible recordar nada de aquellos momentos.

«¿Por qué estaría poniendo esa cara?», pensó. Se reía tímidamente. Tenía las manos delante de la cara, como si algo la hubiera sorprendido. ¿Quién sería la persona de la foto... y quién la habría sacado?

Transcurrió el tiempo sin que supiera nada. Mientras tanto, seguía soñando con sus seres queridos. Pero esos sueños se desvanecían cuando se despertaba. Sentía que los retazos de su pasado le hacían llorar sin saber por qué.

Cuando se despertó por la mañana, el reloj marcaba las seis como de costumbre; delante de la comida, entrecruzó los dedos inconscientemente. De algún modo pudo atravesar el bosque y el desierto sin problema. Parecía como si algo en su interior intentara enseñarle que le faltaba una pieza. Abrazaba la sensación de que había perdido algo, pero ya había comenzado a aceptar su nueva vida.

Cuando la densa nieve acumulada comenzó a deshacerse y brotaron la hierba y las flores del suelo, Emma ya era capaz de reírse de forma natural. Las estaciones seguían transcurriendo y se acercaba la segunda primavera. Y, de pronto, ese sueño se hizo realidad.

Aquel día, había acompañado al anciano al pueblo para hacer unas compras. Emma aligeró el paso por la calle abarrotada de gente. En el camino, se le cayó el collar. Nerviosa, se puso a buscarlo, y sucedió justo cuando lo encontró y estaba dispuesta a recogerlo. En ese momento alguien la llamó por un nombre que no había oído nunca:

—¡Emma!

Un grupo de jóvenes que no conocía la rodearon y abrazaron muy emocionados. No llegaba a entender lo que estaba sucediendo. Solo estaba sorprendida y confusa, pero al mismo tiempo notó la misma sensación en su

interior que cuando tenía aquellos sueños. No sabía quiénes eran, ni de lo que estaban hablando. Y, sin embargo...

—¡Qué ganas tenía de veros...! —dijo Emma.

La parte que tenía grabada en su alma y que jamás podrían arrebatárselo hizo brotar lágrimas en sus ojos.

A continuación, aquella «familia» le contó la historia poco a poco. Que se llamaba «Emma», que venían de otro mundo, de un lugar en el que los «demonios» criaban a los humanos para servir de alimento. Que ellos mismos eran «niños comestibles» y que habían escapado de aquel mundo.

El código de reconocimiento que antes tenía en el cuello había desaparecido, al contrario que el de los hermanos con los que acababa de reencontrarse, que seguían teniéndolo. Era como si todo lo que había sucedido formara parte de una larga historia de fantasía. Sin embargo, Emma escuchó con atención. Por la forma en que la contaban, comprendió que no era una invención y descubrió el motivo de que llevara consigo el fusil, el equipo y todo lo demás.

Le pidieron que fuera a vivir con ellos y, por fin, sintió que era capaz de pisar con firmeza el suelo de este mundo por el que había andado a la deriva. Pudo conectar su yo del pasado con el actual.

A pesar de haberse reencontrado con su familia, Emma decidió quedarse a vivir en la cabaña. El anciano la animó a irse con ellos, pero ella se negó. Para Emma, que no albergaba ningún recuerdo, el anciano solitario que la había rescatado todavía seguía siendo su «familia».

* * *

A pesar de que la cabaña era tan grande que parecía estar desierta cuando estaban allí solo dos personas, al entrar todos a la vez pareció que hubieran ocupado todo el espacio.

—¡Qué casa más maravillosa!

—¡Qué pasada! Parece que estemos en el orfanato.

Los niños observaban con mucha curiosidad las fotografías sobre la chimenea o colgadas en las paredes.

—Disculpe el alboroto. —Norman se disculpó con una inclinación ante el anciano que se encontraba en la cocina, al fondo.

—No te preocupes, estáis en vuestra casa.

Tras contemplar por un momento la fantástica escena de los niños riendo, el anciano salió a la terraza.

—Vaya, no hay suficientes sillas. —Gilda sonrió, mientras ayudaba a Emma a traer unos taburetes desde la cocina—. Somos demasiados, perdona.

—¡No pasa nada! —Emma sacudió la cabeza, sonriente.

Gilda se encogió de hombros.

—Y eso que no hemos venido todos —añadió Christie, que las estaba ayudando a ordenar las sillas—. De hecho, Violet y Gillian también dijeron que querían venir.

—¡Y Oliver y Nigel! ¡También Cislo y Bárbara!

A Emma se le escapó una risita al escuchar a los niños dar tantos nombres.

—¡Vaya!

No es que se acordara de los nombres de aquellos chicos y chicas. Pero le alegraba saber que había tantas personas que querían verla.

Una cálida ráfaga de viento primaveral sopló a través de la ventana abierta y meció las cortinas. Emma trajo un libro y lo dejó abierto sobre la mesa. Era grueso y estaba ajado. Se titulaba *Las aventuras de Ugo*.

—Estos erais vosotros, ¿verdad?

Emma abrió el libro y de entre sus páginas sacó unas fotos.

—¡Eh...! —exclamaron los hermanos al verlas.

Las fotografías eran completamente diferentes a cuando las habían visto. Vagamente se podía distinguir a los niños vestidos con ropa blanca en el pasillo o el jardín del orfanato, pero estaban tan veladas que apenas se reconocían las caras.

—O sea, que... no solo afectó a los recuerdos de Emma, sino también a las fotografías —murmuró Nat, y acto seguido, al igual que sus hermanos, observó con detenimiento las personas que aparecían en las fotos borrosas.

—A ver... seguro que estos son Mark y Dominic y...

—¡Ah, es verdad! —gritaron dos chicos que asomaban la cabeza por detrás de su hermano al recordar aquel momento.

—¡Este soy yo! —afirmó Phil y cogió una foto.



El día de la celebración



Emma esbozó una gran sonrisa mientras contemplaba las fotografías esparcidas sobre la mesa.

—El orfanato es el lugar del que huimos, ¿verdad? —Cogió las fotos en las que no se apreciaban las caras. A pesar de que sus recuerdos habían desaparecido, Emma pudo dibujar una sonrisa gracias a la atmósfera que desprendían cada una de las imágenes—. Pero también lo pasábamos muy bien, ¿no?

Los hermanos asintieron enérgicamente.

—¡Claro! ¡Lo pasábamos genial!

—Hacíamos muchas cosas.

—Jugábamos al pilla-pilla, al escondite...

—¡Las Navidades!

—¡También celebrábamos los cumpleaños...!

Una sonrisa iluminó la cara de Emma al ver a sus hermanos hablar todos a la vez.

—¡Tiene pinta de que era muy divertido!

Aunque la Emma actual no conservaba recuerdos concretos de los juegos o actividades, al ver la cara de felicidad que ponían sus hermanos, su corazón se henchía de alegría.

Phil alzó la vista hacia Emma y, con una sonrisa silenciosa, dijo:

—Emma, cuando llegaban las Navidades, siempre...

* * *

En Nochebuena, la GF House estaba decorada alegremente con un árbol de Navidad y coronas de Adviento. Al calor de la sala de juegos, todos los niños estaban eufóricos e impacientes.

—¿Qué nos traerá Papá Noel este año? —murmulló risueña Emma, que tenía diez años, mientras leía a Phil y Conny un libro ilustrado en el que aparecía Papá Noel.

—¡Yo quiero un trenecito de vapor!

—Pues a mí, a ver... me vale con cualquier cosa— sentenció Conny con una risita—. ¿Y tú, Emma?

La pregunta de la hermana pequeña hizo que Emma apretara el puño y riera.

—No me hace falta ningún regalo, ¡¡este año quiero conocer a Papá Noel!!

Justo a su lado, a Norman se le escapó una risa al oír tal afirmación.

—Emma, pero si pediste lo mismo el año pasado.

—Llevas pidiendo lo mismo desde que tenías cinco años —comentó al mismo tiempo Ray con tono indiferente mientras leía un libro.

Emma miró a ambos y añadió:

—¿Eh, en serio?! Ojalá pudiera conocerlo. Me gustaría darle las gracias en persona —farfulló mientras observaba el libro ilustrado.

—¡Yo también quiero conocerlo!

—Y yo. A mí también me gustaría darle un regalo.

Ella asintió con la cabeza a los comentarios de Phil y Conny y se puso en pie con ímpetu.

—¡Perfecto! ¡salgamos entonces de este orfanato y vayamos juntos a buscar a Papá Noel!

Al escuchar las palabras de Emma, los hermanitos gritaron de alegría.

—¿Te enteras? Vamos a ir a conocerlo en persona —espetó Emma al metomentodo de Ray—. Y tú también te vienes.

—Paso. Seguro que hace un frío asqueroso...

—¿Cómo? ¡Tenemos que ir todos juntos!

Norman, que estaba escuchando la conversación, saltó:

—Ja, ja. Muy típico de ti, Emma.

Era casi obvio que no iba a poder esperar a Papá Noel tranquila y dormida en la cama. Emma sería capaz de llegar al lejano país de Papá Noel, existiera o no.

—¡Eh! ¡Se ha puesto a nevar! —dijo Don, que había irrumpido en la Sala de juegos, mientras señalaba la ventana.

—¿Qué? ¿En serio?

Al acercarse corriendo a la ventana, pudieron ver el cielo apagado y cómo caían unos diminutos copos de nieve.

—Ojalá cuaje para mañana.

—¡Quiero hacer un muñeco de nieve!

A Emma le vino a la mente la imagen del jardín todo cubierto de blanco. Era similar a la idea que tenía del país de Papá Noel.

* * *

Emma se echó a reír con la historia de Navidad que le contaron sus hermanos.

—¿Yo dije esas cosas?

Era normal que los niños pequeños quisieran ver a Papá Noel, pero, al escuchar la historia, se le ocurrió que le gustaría conocerlo e ir con toda la familia de la que estaba ahora rodeada.

Jemima juntó las manos delante del pecho y susurró:

—El año pasado no quería ningún regalo por Navidad, tan solo pedí poder volver a verte, Emma.

—¡Yo también! ¡Y se ha cumplido! —dijo Mark inclinándose hacia adelante, emocionado.

Emma se conmovió al ver que sus hermanos pequeños iban afirmando uno tras otro lo mismo.

—Vaya...

Durante el largo invierno que ella había pasado en la cabaña, su «familia» había estado buscándola incesantemente.

—Después de Navidad es... —Se miraron los unos a los otros y gritaron—: ¡El cumpleaños de Ray!

Cuando oyó mencionar su nombre, Ray abrió ligeramente los ojos, ocultos por su largo flequillo.